



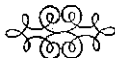
# ¿QUÉ FALTA HACEN LOS FRAILES?

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

presbítero,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.



BARCELONA :

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5, bajos.

1877.

22

SC



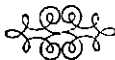
# ¿QUÉ FALTA HACEN LOS FRAILES?

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

presbítero,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.



BARCELONA :

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5, bajos.

1877.

*Por D. F. de Sardá y Salvany - 15 Marzo*

---

***Es propiedad.***

---



---

## ¿QUÉ FALTA HACEN LOS FRAILES?

### I.

Vinome hoy en gracia ocuparme de esta pregunta que tan sin ton ni son os hacen á cada paso hombres por otra parte al parecer sensatos, juiciosos y moderados. Dicho se está, pues, que no me dirijo en esta obrita á los enemigos rabiosos de las Ordenes religiosas. ¿Quién no conoce á tales infelices? Poseídos del odio contra el Catolicismo, les basta que sean los frailes institucion católica para hacerlos objeto de sus furores. Lo mismo se revuelven contra ellos que contra el Papa, clero secular, templos, imágenes, etc. Tales enemigos están ya juzgados. Otros hay empero, ó más diestros para disimular sus planes, ó más cándidos para no conocer su malicia, ó más preocupados quizá, que, á pesar de llamarse católicos y de asistir á la iglesia y á los sacramentos, y de respetar á Dios, al Papa y al clero, no sienten sin embargo por los institutos religiosos toda la simpatía y el entrañable cariño que debe un corazón sincero y lealmente católico. Otros hay á quienes se les atraganta la palabra *fraile*, creyendo con cierta buena fe que los frailes, como los pelucones con

coleta y los calzones con hebilla, son únicamente propios de otras naciones menos ilustradas que la nuestra, y sonrien como niños desconfiados cuando se les dice que pese á quien pese los frailes volverán. Ellos es verdad no hubieran alzado su mano armada del puñal contra los pacíficos moradores del claustro, ni hubieran arrimado á los conventos la tea incendiaria, ni atizaron á la plebe desenfrenada para que cometiese aquella sangrienta iniquidad, deshonor de nuestra [patria y de nuestro siglo. No, no son culpables de eso, ni siquiera cómplices; ni lo desearon, ni lo aplaudieron. Viéronlo con dolor de sus entrañas, y aunque alguno tal vez cayó en la pícara tentacion de hacerse con alguna porcion de los despojos de las víctimas, ¡oh! ¡por Dios! ¡no habéis de eso! ¡no seáis tan escrupulosos! hicieronlo únicamente para no perder aquella buena ocasion de hacer un negocio. Ya se ve ¡se daba tan barato! otro lo hubiera tambien comprado. Esta razon última, sobre todo, satisface tanto como la de aquel hijo que se prestó á ahorcar á su padre condenado por la justicia, alegando la consoladora excusa de que uno ú otro habia de desempeñar el oficio.

A estos, pues, á estos me dirijo, y para estos escribo el presente librejo. Del público especial á quien hablo, una parte es ciega, y es nuestro deber alumbrar á los ciegos: otra parte es profundamente hipócrita, y es hoy muy conveniente hacer saltar algo de la careta á los hipócritas. Quien consiguiera hoy estos dos objetos habrá merecido

bien de la sociedad, de la patria y de la religion.

La materia se presta á una division sencillísima. ¿Qué es el fraile? ¿Qué vacío ha dejado su ausencia en el orden religioso? ¿En el orden social? ¿En el orden individual? ¿Qué se opone al restablecimiento de los frailes? ¿Los frailes volverán?

## II.

Hé aquí un programa ciertamente curioso para los tiempos que atravesamos. Parecerá á algunos sobradamente inoportuno. ¿Quién ha de pensar en frailes hoy que los católicos harto harán con velar por la suerte de sus parroquias? Sin embargo, hoy es la ocasion de hablar de todo eso. Cuando se haya acabado la obra de demolicion social á que el infierno se dedica ahora con tanto encono, vendrá la época de reedificacion, y el obrero á quien se llamará con preferencia para ayudar á ella, será el fraile. Su desaparicion fué la señal de la guerra contra el Catolicismo, su reaparicion será la garantía más firme de la nueva paz, y la generacion que viene aprenderá á amar otra vez lo que la generacion que se va nos enseñó á nosotros á maldecir. Volverán los frailes, y quisiéramos la alta honra de haber contribuido en algo á despejarles el camino, despreocupando algunas inteligencias todavía obcecadas en este punto.

¡Quiera Dios que podamos desvanecer tal cual prevencion infundada, ó siquiera levantar en ciertos corazones culpables un saludable remordimiento!

Todo ha parecido lícito contra ellos, y todo se ha empleado. Señal clara y elocuente de su verdadera importancia. El drama venenoso, la novela corrompida, el buril vendido á la impiedad, la perorata del diputado en el Parlamento, el chiste del calavera en el café, todo ha servido á las mil maravillas para desacreditar ese nombre glorioso que ha esmaltado con resplandores inmarcesibles todas las páginas de nuestra historia. No les valió á los frailes el haber dado á la literatura sus más preciados modelos, al Estado sus gobernantes más afamados, á la caridad sus víctimas más generosas, á la Religión sus santos más populares. Era preciso que la palabra *fraile* llegase á ser para muchos verdadero apodo de ignominia, y lo fué. ¡Maravilloso ejemplo de cuánto pueden para trastocar lo más palpable la falsificación y la calumnia cuando son manejadas con habilidad y constancia!

Es innegable empero que de algunos años acá viene obrándose en favor de los frailes una reacción sorprendente. La revolución que agotó un día todas las promesas, empieza á agotar hoy todos los desengaños, y á la luz de estos desengaños van viéndose las cosas muy distintas de lo que las veía la generación del año 35. Todo se andará.

### III.

¿Qué es un fraile? Hé aquí lo primero que ocurre preguntar tratándose de un objeto que lo ha sido de tan distintas y aun contrarias apreciaciones. ¿Qué es un fraile? La generación actual casi no lo



sabe, ¡y cuidado si en estos tiempos se ha hablado de los frailes! La generacion actual, amamantada en las perversas lecturas de la escuela revolucionaria, apenas si tiene del fraile otra idea que la muy grosera que ha recibido sobre este punto por el conducto de sus más resueltos enemigos.

Para algunos es el fraile un hombre indolente, glotón, perezoso, que se hizo del estado religioso un modo de vivir cómodo, fácil y barato á expensas de la caridad pública ó de las rentas de su convento. El fraile es ignorante, socz, trampista, de bajos pensamientos, sin otro ideal que vivir y holgar á costa del pueblo. Para los tales el fraile es simplemente un sér despreciable.

Para otros, al revés, es un sér temible. Astuto, diplomático, conocedor profundo del mundo y del corazon humano, poseedor de la ciencia más que nadie, dueño de sí propio hasta la abnegacion, el fraile es algunas veces autor, otras veces instrumento de planes tenebrosos que tienden á apoderarse de la cosa pública y á monopolizar en provecho propio las más poderosas influencias del Estado. El fraile estudia, se mortifica, obedece, para ponerlo todo, estudios, privaciones y obediencia al servicio de un poder oculto que en momentos dados puede llegar á hacerse incontrastable. Es elocuente en el consejo de los reyes, diestro en las antecámaras diplomáticas, artero para urdir una intriga y seguir manejando todos los hilos de ella desde el sombrío recinto de su celda ó al través de la rejilla del confesonario.

¿Quién no ha leído ú oído estos dos retratos del fraile en el periódico, en la novela, en el drama ó en el club? Hé aquí á la iniquidad desmintiéndose á sí propia. Es claro. Porque lo que del fraile se dice es tan contradictorio, que basta por sí solo para acreditar la perversa intencion de sus autores. ¿En qué quedamos? podría decirseles. ¿Son los conventos asilo de la ignorancia más grosera ó foco de la diplomacia más astuta? ¿Cuál es en ellos la oficina principal: la despensa ó la biblioteca? ¿Qué es en suma el fraile: un despreciable holgazán á quien basta escupir en el rostro y arrumbar á un lado á escobazos, ó un conspirador sagaz y diplomático contra quien es necesario armarse de armas de buen temple? ¿En qué quedamos?

De fijo que el adversario á quien se dirigiesen tales preguntas no sabria cómo componérselas para armonizar los distintos puntos de vista bajo los cuales la Revolucion se ha complacido en hacer odioso al fraile. A la Revolucion podemos decir en cierto modo lo que al protestantismo su padre decia en otros tiempos Bossuet: ¿Tú varias? Luego mientes. Si, enemigos del fraile: vosotros os habéis forjado de vuestro rival retratos que más que retratos son caricaturas. Pero en el uno nos le pintáis bajo, en el otro alto; en el uno nos le daís negro, en el otro blanco. A un mismo tiempo nos lo ofrecéis como mónstruo de estupidez y como prodigio de traviesa diplomacia. Solo andáis acordes con vosotros mismos en la conclusion final que sacáis de vuestros caprichosos precedentes: Es nece-

sario exterminar el fraile. Sí, ya porque nada valga, como unas veces decís, ya porque valga demasiado, como ponderais otras veces, el resultado definitivo es que hay que quitarle de enmedio é impedir á todo trance su reaparicion en la sociedad moderna.

#### IV.

¿Qué es, pues, el fraile? ¿Qué nos dicen de él la historia verdadera y el verdadero buen sentir de las gentes honradas? Veámoslo.

Un cristiano, en la flor de sus años, en la edad en que son más halagüeñas las ilusiones y más sonrosado el horizonte de la vida, al tratar de emprender uno de los mil senderos que ante sus ojos se ofrecen, siéntese por cierto instinto superior, que el idioma castellano llama *vocacion*, convidado á la *soledad*, cuando todos por regla general ansian el bullicio de las diversiones; á la *sujecion*, cuando en todos es más vivo el sentimiento de libertad é independencia; á la *castidad*, cuando las llamaradas de la voluptuosidad empiezan á encenderse con mayor fuerza; á la privacion y á la *pobreza*, cuando nadie de sus iguales tiene otro ideal que el de labrarse una buena posicion y hacer fortuna. Este hombre, este jóven que de tal suerte difiere de los sentimientos é ideas de la generalidad, hállese solo, perdido, extraviado en medio de aquel mundo que no le comprende y á quien él ha comprendido muy pronto. Sus descos no son los deseos de

aquellas muchedumbres que se agitan á su alrededor; atórméntale una ambicion sublime de cosas que el mundo desprecia, y á la vez un hastio profundo por cosas que el mundo ambiciona. Sabe que hay asilos donde se da cumplida satisfaccion á esos deseos de su espíritu, y procura ya únicamente fijarse en la eleccion del que mejor se acomode á sus especiales necesidades. En todos es de rigor la sujecion más absoluta, la pobreza más completa, la castidad más delicada. Sabe, empero, que sobre estas condiciones esenciales y fundamentales en unos se da *especial* importancia á los grandes estudios eclesiásticos, en otros á las obras de beneficencia heroica, en otros á la maceracion del cuerpo por medio de espantosos rigores, en otros á la propaganda del bien entre los prójimos por medio del trato y de las maneras dulces é insinuantes. Ora, medita y consulta, y suficientemente ilustrado en el conocimiento propio, con las luces del cielo y con los consejos de la ancianidad experimentada, llama á la puerta de uno de estos asilos, donde no se les pregunta por su extirpe, ni por sus riquezas, ni por otra alguna de las vanidades á que el mundo da importancia. Una investigacion escrupulosa de su vida y costumbres le admite; una prueba más rigurosa le confirma en la admission y le perpetúa en ella. El jóven que ayer fué primogénito de noble familia, ó simple jornalero, ó aventajado estudiante, nada es ya de lo que en el mundo le distinguia como inferior ó como superior á sus conciudadanos. Unos años de noviciado,

unos votos solemnes pronunciados al pié del altar han hecho de él lo que ¡oh pueblo mio embaucado y seducido! tanto y tanto te enoja y te irrita y te estremece: ¡un fraile!

V.

Todo el mundo convendrá en que del modo que hemos indicado se han hecho frailes todos los que ha conocido como tales el mundo: sale el fraile de entre nosotros, de nuestros campos y ciudades; no es fiera traída allá de lejanos desiertos ó del fondo de subterráneas cavernas; es un jóven como los demás jóvenes, afiliado á una milicia análoga á las demás milicias, con modo de vivir público, legal y nada raro, con un objeto de todos conocido, y lícito y honrado como el que más, aunque no se le quiera considerar superior. ¿A qué, pues, las prevenciones? ¿A qué las desconfianzas? ¿A qué ese odio feroz y ridículo?

Óyeme, preocupado lector: si el muchacho en cuestion, en vez de sentir elevados impulsos á la soledad, á la abnegacion, al amor á sus hermanos, la hubiese dado por el extremo opuesto; si hubiese seguido del mundo todo lo lisonjero que él ofrece sin pararse en perfiles sobre lo más ó lo menos de licitud y honestidad; si ambicioso de dinero lo hubiese atropellado todo para hacerse con una fortuna, ó sediento de honores se hubiese encaramado sobre tus espaldas para hacerte pedestal de su elevacion; si afanoso de placeres se hubiese entre-

gado á la crápula y á la liviandad sin respetar la honra propia ni la ajena; si hubiese obrado, en una palabra, como uno de los mil que á tu lado campan por esas calles y plazas, ¡ oh! ¡ pueblo necio! ¡ pueblo insensato! todo entonces se lo hubieras perdonado, hubieras excusado con el ardor de la juventud sus desahogos, hubieras alternado bucnamente con él sin reparos y sin escrúpulos, y te hubieras indignado si álguien hubiese tenido la ocurrencia de insinuar que el tal calavera ó petardista no merecía ser admitido entre las personas *decentes*. Ahora no. Ni juega, ni trampea, ni codicia, ni seduce, ni altera la paz de tu hogar, ni corrompe la inocencia de tus hijas, ni lleva á mal traer á tus hijos inexpertos: solo tiene la tontería de dedicarse á la perfeccion de su alma, la necesidad de engolfarse en prolijos estudios, la perversa intencion de morir mañana á ~~manos~~ de los antropófagos en una isla bárbara, ó víctima de la peste en un hospital; solo tiene el mal gusto de no poseer jamás un cuarto de que pueda disponer á su antojo, ni un dia libre en que ser dueño de su voluntad: se cansa, suda, se marea en difundir buenas máximas, ilustrar inteligencias, mejorar corazones, consolar amarguras, desvanecer recelos, enjugar lágrimas; rara vez se le ve en los lugares de alegría, nunca en los de diversion, siempre en los cadalsos, cárceles, hospitales, y en aquella tristísima alcoba donde entre estertores exhalan su postrer aliento tu madre ó tu hijo ó tu hermano... para eso ha tenido la malhadada ocurrencia de reunirse con

algunos amigos suyos de igual humor en un local que se llama *convento*, y la de vestirse con un traje áspero y de pocas conveniencias que se llama *hábito*, y de llamarse con un nombre que hoy día suena para ti á cosa de asco ó de mala reputacion, el de *fraile*! Y por eso le maldices y persigues y asesinas, como por lo otro le hubieras adulado, aplaudido y rodeado de consideraciones. ¡Hé aquí tu justicia, tu iniquidad, pueblo alucinado! Este es el *fraile* á quien te enseñan á aborrecer y á quien ¡necio! caes en la bobería de aborrecer sin conocerle! Aquí te doy su retrato. ¡*Ecce homo*! ¡Hé aquí el fraile!

## VI.

Otras veces no es el fraile un jóven cristiano que al contemplar el borrascoso mar creyó más prudente para sí y más provechoso para sus hermanos quedarse en tan seguro puerto; es, sí, el hombre encanecido en las luchas de la vida, fatigado por el récio embate de las pasiones, herido cruelmente por el desengaño, agitado tal vez por devoradores remordimientos, quien pide al convento un asilo de paz tras los azares de una existencia tempestuosa. El claustro que abre sus puertas á la juventud inocente é intachable, no las cierra al hombre de edad madura cuando se presenta ésta acompañada de las lágrimas del arrepentimiento. La historia nos ofrece numerosos ejemplos de grandes criminales convertidos en

amigos de Dios y bienhechores de la humanidad, desde que abandonaron el mundo por el convento, y las galas y las armas por el austero hábito de fraile. No sabemos si los enemigos de los frailes verán con malos ojos que un hermano suyo, devorado por los remordimientos ó hastiado por el desengaño, encierre en un claustro los postreros días de su vida para dedicarlos á la oracion, á la mortificacion y á la caridad, en vez de levantarse con un revolver la tapa de los sesos, que es el único suavísimo remedio que para tales casos ha sabido encontrar la despreocupacion moderna. Rancé sepultándose en las asperezas de la Trapa y muriendo algunos años despues en la ceniza con un crucifijo en la mano, legando á los calaveras de su siglo un grandioso ejemplo, nos parece más digno, más elevado y más recomendable que Larra disparándose un pistoletazo en la primavera de su vida, despues de haberla manchado con todos los escándalos y liviandades. El célebre cortesano francés, reformador de la Trapa, halló en ella la paz de su vida, el consuelo en su muerte y la salvacion de su alma. Nuestro célebre escritor madrileño, enemigo jurado de los conventos que persiguió incansable con todo el poder de su espantosa sátira, hubiérase tenido por muy dichoso en que un hábito *de fraile* hubiese abrigado su desolado corazon en sus últimos tiempos, cuando amargado por los desengaños, por el tedio, por el escepticismo y por el grito de su conciencia, no supo hallar para su alma despedazada otro bálsamo que el suicidio.



## VII.

Años há que la Revolucion persigue incansable las Órdenes religiosas y no desiste de su empeño satánico de extirparlas del suelo de Europa. En día infausto desaparecieron de nuestra patria, y la muerte va robándonos con dolorosa frecuencia, los gloriosos restos que sobrevivieron á aquella espantosa castástrofe. La generacion presente no ha alcanzado ya los conventos para apreciar de lleno su importancia; en cambio está palpando el inmenso vacío que entre nosotros ha dejado su desaparicion. Estudiemos este punto que es interesante.

Al fraile (1) se le echa de menos principalmente en el órden religioso. El fraile era un obrero infatigable en el campo de Dios, obrero que no tiene reemplazo. Algunos trabajos del ministerio eclesiástico son de tal naturaleza que exigen para su desempeño la mano del religioso, sin que alcancen á suplirle más que con grandes desventajas el zelo y actividad del clero secular. Nadie lo reconoce con mayor llaneza que el mismo clero; no será por lo mismo hacerle injuria proclamarlo aquí con toda libertad. No, no basta para el servicio de todas las atenciones eclesiásticas el clero secular. Por esfuerzos de abnegacion que se hagan, por actividad que se ponga en juego, por dotes de corazon y de

(1) Excusado es advertir que usamos la palabra *fraile* en el sentido que le da el pueblo vulgarmente, es decir, comprendiendo bajo esta denominacion á todos los institutos de Regulares.

inteligencia que se posean, una corporacion religiosa en igualdad de circunstancias estará siempre en mejores condiciones que los individuos aislados, así en orden á los grandes estudios, como á los trabajos para la propagacion de la fe en países gentiles y á la defensa de ella en países herejes, y á su fomento y conservacion en los países católicos. Aun humanamente hablando, el religioso tiene sobre el sacerdote seglar dos grandes ventajas que le dan en el ejercicio de su ministerio una superioridad incalculable: la de su completa independencia de toda traba de familia; la de no tener que proveer á su manutencion corporal y demás necesidades materiales. Por poco que se conozca en sus tristes realidades la vida humana, se comprenderá la importancia que tienen en esta materia las dos circunstancias que acabamos de indicar.

Así los profundos pensadores religiosos, los grandes controversistas, los más infatigables misioneros han florecido en todos tiempos entre los hijos del claustro y de la obediencia regular. Alguna excepcion que otra no destruye lo general de la regla. Solo la vida claustral é independiente de todo cuidado de intereses humanos permite al estudioso enterrarse en el fondo de silenciosas bibliotecas y gastar allí diez, veinte, cuarenta años en el esclarecimiento de una cuestion histórica ó teológica. Solo con la independencia que da el carácter monástico ó regular se puede romper con todas las condiciones de patria y de sangre, y hacerse únicamente ciudadano del universo, volando de una á

otra region con la cruz en la mano y con la palabra evangélica en los labios, sosteniendo la ruda vida del misionero. El pobre Cura, atado á su parroquia ó á su prebenda, no puede volar con esa holgura; mártir de pequeños deberes, no por esto menos sublimes é imperiosos, grandes trabajos que para el religioso son tareas ordinarias, son para él empresas gigantescas, ante las cuales debe retroceder: apelamos á la experiencia de los párrocos más decididos. ¿Exigiréis que publique *Sumas teológicas* quien está sujeto todo el dia á satisfacer las menores necesidades de una vasta feligresia? ¿Dedicaráse al estudio de la elocuencia y de sus clásicos quien puede apenas reflexionar quince minutos antes sobre lo que quince minutos despues ha de decir á su pueblo desde el pié del altar? ¿Podrá consagrarse al canto magnífico de las divinas alabanzas en el coro, en las grandes solemnidades, quien en ellas encuentra tiempo apenas para rezar precipitadamente y á deshora quizá su breviario? ¿Podrá pasar largas horas á la cabecera del moribundo quien tiene muchos en su parroquia que reclaman á un mismo tiempo sus consuelos, mientras atenciones no menos perentorias le llaman al despacho, ó á la junta, ó á cualquiera de las otras ocupaciones de la agitada y trabajosa carrera parroquial? Apenas queda á la Iglesia otro clero que esa clase parroquial, escasa, rodeada de necesidades y de persecucion. ¿Quién atenderá pues á la majestad del culto? ¿Quién á la importante y entretenida tarea de catequizar á los niños? ¿Quién á la publicacion de buenos libros?

### VIII.

De buena gana compararíamos el ejército pacífico de la Iglesia al otro ejército de los reinos temporales, y no fuera tan mal traída la comparacion, como sacada de las mismas santas Escrituras. Pues bien. Lo que en los ejércitos humanos acontece, acontece tambien en ese ejército espiritual. El clero seglar viene á ser la tropa de línea, valerosa, aguerrida, pero insuficiente por sí sola para sostener las grandes batallas. El clero regular, las Ordenes religiosas, son los cuerpos facultativos, las armas especiales, que le ayudan poderosamente, le preparan el camino, ábrele brecha en los corazones y en las inteligencias, y deciden en su favor el éxito de los más empeñados combates. El Benedictino revolviendo códices antiguos y descifrando inscripciones; el Dominico y el Franciscano resolviendo en las escuelas las más árduas cuestiones teológicas; el capuchino evangelizando con su elocuencia popular y con el espectáculo de una austeridad ejemplar las ciudades y aldeas; el Jesuita apoderándose de la juventud por medio de la educacion y con el aliciente de una cultura exquisita y de una instruccion sin rival; todos los *Institutos*, en fin, dedicándose cada uno á su especialidad, cuál á las misiones, cuál á la beneficencia, cuál á la instruccion, cuál á rodear de magnificencia y de esplendores el culto, no son sino auxiliares poderosísimos del Cura, á cuya parroquia converge todo el fruto de aquellos trabajos y desvelos.

Hoy nos falta en nuestra patria todo eso; la Revolución, muy conocedora de la importancia de las Ordenes religiosas, al destruirlas con saña implacable, ha quitado á nuestro ejército los cuerpos facultativos cuyo solo nombre le infundia terror. No le ha quedado á la Iglesia española más que su tropa de línea, la cual se bate, no hay duda, con el brio que todos vemos; pero ¡ay! faltan misioneros á nuestros campos y ciudades; faltan agonizantes á nuestros enfermos; faltan sábios á nuestras academias; faltan oradores elocuentes á nuestros púlpitos; falta majestad á nuestro culto; porque, aunque el clero seglar da individuos sobresalientes en cada uno de estos ramos, no da para todas las necesidades; han desaparecido los semilleros que estaban dotados para eso de especial fecundidad. El soldado de línea es de vez en cuando buen ginece, buen artillero ó buen zapador, es cierto: mayor gloria para él sobresalir en el manejo de armas cuyo uso acertado solo se adquiere en escuelas especiales; pero ¡ay del ejército cuya caballería, artillería ó cuerpo de ingenieros estén servidos al azar, por carecer de personal expresamente adiestrado en su escuela respectiva! Esta es, sin embargo, nuestra situación años há; esta es la situación de todo país en el cual el clero secular no se ve secundado por los institutos regulares. Buena infantería... pero nada más.

## XI.

Queremos insistir todavía algo más en esta materia, ya que en ella sufren lamentables extravíos hasta personas que por su ilustración deberían conocer más profundamente estas materias. Las Órdenes religiosas no son, en efecto, meros ornamentos del edificio religioso; son partes integrantes de él, y pertenecen, por decirlo así, á la armazón exterior de reparos y defensas con que Jesucristo, su divino fundador, ha querido robustecerlo. Vamos á invocar hoy en testimonio de esta verdad, no consideraciones propias, sino declaraciones auténticas de la misma impiedad, que en esto ha sido el mejor apologista de los institutos religiosos.

En primer lugar harémos observar un hecho curioso. La Revolución impía al invadir una nación lo primero que intenta siempre es la ruina de los conventos. Esta es la primera etapa de la impiedad en todos sus planes de ataque. Mirad al protestantismo alemán é inglés en el siglo XVI. Mirad al filosofismo francés en el XVIII. Mirad á los revolucionarios españoles, portugueses é italianos en el XIX. La primera embestida de los enemigos de Dios la han sufrido en todas partes los Regulares. ¿Qué dato más elocuente podría citarse en su elogio? Son los privilegiados de la persecución. Esta frase vale cien tomos de panegíricos.

Pero oigamos algunas revelaciones magníficas de sus propios perseguidores. La historia las ha recogido con cuidado.

Voltaire escribía á su gran amigote Federico de Prusia en 3 de marzo de 1767 en estos términos: «Hércules combatió con los asesinos, y Belorofonte con las Quimeras. No sentiria yo ver Hércules y Belorofontes que purgasen la tierra de asesinos y de quimeras católicas.» Y Federico de Prusia le contesta así en 24 del mismo mes y año: «No está reservado á las armas destruir al *infame* (así llamaban aquellos demonios á Nuestro Señor Jesucristo): él perecerá por el brazo de la verdad y por la seducción del interés. He reparado, y otros como yo, que en los lugares donde hay más conventos está el pueblo más ciegamente adicto á la *superstición*. Ello es cierto que si se logra destruir estos asilos del *fanatismo*, el pueblo se volverá indiferente y tibio por lo relativo á estos objetos, que en el día son de su veneracion. Se debe tratar de destruir los conventos, ó á lo menos de disminuir su número. El cebo de los monasterios ricos y de los conventos de muchas rentas es un poderoso atractivo. Representando el daño que los cenobitas hacen á la poblacion de los Estados, el abuso del gran número de *capuchas* que llenan las provincias, y al mismo tiempo la facilidad de pagar las deudas del Estado con los bienes de las comunidades, creo que hará que los gobiernos se decidan á empezar la reforma.»

## X.

¿Qué tal? ¿No parece esta carta el programa que ha venido guiando á todos los gobiernos revolucionarios de un siglo acá? Pues, cuidado, que es-

to se escribía por los incrédulos muchos años antes de la revolucion francesa. Harto sabian aquellos señores dónde les apretaba el zapato y dónde estaba la primera barbacana que debian derribar antes de apoderarse del fuerte.

Pero, sigamos oyendo á Federico en su correspondencia con Voltaire: «Pero vos tal vez me diréis: ¿Qué se ha de hacer con los obispos? Respondo, que no es hora aun de tocar este asunto. Es preciso empezar por la destruccion de los que atizan el fuego del fanatismo en el corazon del pueblo.» Y Voltaire le respondia en 5 de abril del mismo año: «Vuestra idea de atacar por los Regulares la supersticion cristiana, es de un gran capitán; porque no hay duda que, destruidos los Regulares, *el error* está expuesto al desprecio universal.» Y Federico insistiendo en su misma idea, y como enamorado de ella, vuelve á la carga en 13 de agosto del 1775, escribiendo otra vez á Voltaire: «Si se quiere disminuir el fanatismo, no se ha de empezar por los obispos; si se logra disminuir los Regulares, sobre todo las Órdenes mendicantes, el pueblo se entibiará, y luego menos *supersticioso* permitirá á los gobiernos disponer de los obispos. Este es el camino que se ha de seguir: socavar sordamente el edificio, y esto le precisará á que se desplome (1).»

¡Qué plan! ¡Si parece la historia escrita con an-

(1) Hemos tomado estas preciosas citas de la conocida obra *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, por Barruel.



ticipacion, tan exactamente se ha venido planteando este programa infernal! Con saber lo que entendian aquellos impíos por supersticion, fanatismo y demás palabrotas de su diccionario, se ve claramente la importancia que daban á los institutos religiosos y lo mucho que les estorbaban para su diabólica campaña. Abran los ojos aquellos á quienes la ceguedad de las pasiones políticas más que un odio formal contra el Catolicismo mantiene todavía en sus añejas preocupaciones contra los claustros. La impiedad lo ha declarado en alta voz. Los frailes son su primer estorbo. El convento es el muro avanzado de la parroquia.

Una tristísima experiencia lo ha enseñado hoy mismo á la generacion presente. Hemos visto caer bajo la piqueta demoledora nuestras parroquias; ¿pero cuándo? cuando no ha habido ya conventos que demoler. *Luxit antemurale, et murus dissipatus est.* Cayó el muro, pero fué porque habia caído antes el antemural. ¿Habrá aun quien no saque todo el provecho de tan elocuentes lecciones?

## XI.

¿Qué vacío ha dejado la falta de los institutos religiosos en el orden social? Esta fué la segunda pregunta á que nos propusimos responder, y vamos á hacerlo con nuestra acostumbrada llaneza, ya que no con la extension á que se prestaria la importancia de la materia.

La desaparicion de los frailes ha dejado en la

organizacion social de nuestra patria un hueco notabilísimo. El fraile, en virtud de sus especiales condiciones, era como un contrapeso, un regulador que facilitaba el equilibrio entre las diferentes clases sociales, hoy más que nunca desequilibradas y en guerra mortal entre sí. Examinemos ante todo este carácter providencial que han tenido siempre los institutos religiosos.

Desde los principios de su existencia vemos en las Órdenes religiosas el desempeño de esta misión que al parecer á ellas solas tenía reservada la Providencia. Su preponderancia social empieza en aquellos siglos en que razas nuevas y bárbaras, lanzándose sobre el viejo mundo romano, iban á establecer en Europa la más odiosa de las desigualdades. En efecto. En aquellos terribles días, y en los que siguieron mucho tiempo después, los vencedores apenas reconocieron en los pueblos otra calidad que la de vencidos, ni éstos supieron ver en sus feroces dueños otra fisonomía moral que la de vencedores. Vencidos y vencedores: estas dos palabras resumían todos los derechos y deberes en aquella sociedad en la que una mitad gemía bajo el filo de la espada de la otra mitad. Ser bárbaro fué desde entonces título de orgulloso predominio; ser romano fué estigma de esclavitud y de oprobio. Todas las leyes de aquella época revelan esta dureza del vencedor, así como todos los escritos de los autores de ella manifiestan el hondo gemido con que vivía encadenado á ellas el mísero vencido. Necesario fué que la influencia de la Re-

ligion verdadera y el cultivo intelectual traído por la misma fué humanizando paulatinamente á aquellas fieras del desierto, para convertirlas en lo que fueron más tarde, nobles caballeros, espejo de honor, escudo de la debilidad, modelo de hidalguía.

¡Qué campo para los trabajos del religioso en estos críticos periodos de la historia! Ved al monje abandonar precipitadamente sus amadas soledades, como antes habia abandonado el enojoso bullicio de los poblados. De éstos se habia separado huyendo de la corrupcion que más que otra causa alguna los iba desmoronando; á ellos vuelve cuando ya no hay escándalos que evitar, sino lágrimas y sollozos que enjugar con mano compasiva. El feroz hijo del Norte, acostumbrado á mirar con desprecio como huye delante de él ó cae rendido á sus piés al legionario del imperio; el franco, el vándalo ó el germano, que se llaman á sí propios *azote de Dios*, y que miran á aquel inmenso pueblo de vencidos como rebaño despreciable hasta indigno de los honores de la esclavitud, contemplan por vez primera una figura mansa, pero impávida; desarmada, pero valerosa, pacífica, pero imponente; que interponiéndose entre ellos y las víctimas, protege con una mano á estas, mientras con la otra detiene el brazo terrible del conquistador. Y el bárbaro, ante cuya imaginacion jamás cruzó la idea de que sus iras pudiesen encontrarse detenidas por semejante barrera; el bárbaro, que en sus sueños de pujanza creyó no habia en los cielos ni en la tierra poder

superior al de su hacha ó maza de guerra, siéntese dominado, vencido, desarmado por la mano inerme de aquel hombre que no viste cota, ni empuña lanza, ni lleva tras sí ejércitos poderosos, sino que alza por únicas armas un crucifijo y un libro. Y ved ahí como la devastacion y la malanza, que no se habian detenido ante las fortalezas y muros torreados, detiéndense ante el monasterio, y los vencedores del soldado son á su vez vencidos y subyugados por el religioso. Y la influencia de éste, cada dia más creciente y avasalladora, llega al punto de que, doblegadas por fin todas las resistencias y sometidos todos los antojos, en nada se distinga ya el conquistado del conquistador, una sea la fe, una la ley, una la costumbre.

## XII.

Hasta los adversarios más enconados de las Órdenes religiosas les reconocen hoy esta mision providencial, y al describir la devastacion de Europa por efecto de las invasiones septentrionales han de consignar, de grado ó por fuerza, que solo en las Ordenes religiosas halló el mundo un alivio en tan inmensas catástrofes, y solo en sus hoy despreciados monasterios un asilo contra la brutalidad del vencedor. Monje quiso decir entonces protector del débil, freno del poderoso, custodio zeloso de la civilizacion, arca salvadora de las ciencias y artes. Monasterio fué entonces lo mismo que hospicio, escuela, biblioteca, museo de antigüedades,

casa de consejo. Y esto, no solo por unos pocos años, sino en todo el vasto período que abraza la Edad media; que esta ventaja ofrecen las instituciones sobre los individuos, universalizarse, y en cierto modo perpetuarse. Porque aunque en los siglos posteriores al décimo fué en gran parte desapareciendo la rudeza y asperidad de costumbres, gracias al trabajo constante de estos incansables cultivadores del campo social, subsistia aún la distincion entre vasallos y señores feudales, y el pueblo necesitaba todavia de los buenos oficios de un intermediario entre ambos, y las letras y ciencias fiaban su conservacion y desarrollo únicamente al culto ferviente que les tributaba el religioso. El monje y el fraile tocaban á las clases más altas por su ministerio, por su ilustracion y por su influencia, y vivian á la par entre las más bajas por su origen y por la humildad de sus costumbres. Unicamente ellos visitaban la cabaña del siervo al salir del castillo del baron, y visitaban el castillo del baron al salir de la cabaña del pechero. Estas clases, de las cuales la una podia ejercer tan fácilmente sobre la otra los caprichos del despotismo, se encontraban unidas, hermanas, por mediacion del hombre religioso, cuyo hábito ni se rebajaba con el contacto de la una, ni se enorgullecía alternando con la otra.

¡Oh quién pudiese enumerar aquí precisa y detalladamente los beneficios de esta intervencion social tan poderosa! ¡Oh quién poseyese la maravillosa estadística de los favores otorgados por las

Órdenes religiosas al pueblo en la oscuridad de aquellos siglos, en que la única luz consoladora que resplandeció fué la de las instituciones católicas! ¡Cuántas veces el pacífico báculo abacial dominó el rigor de la feroz maza de guerra! ¡Cuántas el humilde cordon de san Francisco supo enfrenar demasiadas ante las cuales toda otra autoridad hubiera sido pisoteada! ¡Cuántas en los claustros donde brilló la ciencia de los hijos de san Benito, de santo Domingo y de san Bernardo se amamantó con la leche del saber á los pobrecillos hijos del terruño, á quienes más tarde la ilustracion monacal encumbró á los más elevados destinos!

Así, guiada por tan celosos mentores, bajo la sombra del hábito claustral, fué conducida la Europa hasta los albores del Renacimiento. Ciega y olvidadiza, orgullosa con su mayor edad y con sus derechos de emancipada, empezó entonces á desviarse de los senderos por los cuales aquellos la habian dirigido. Pero en la nueva faz que iban á presentar las sociedades en los siglos modernos, iban á ser cabalmente más necesarios los buenos oficios de las Órdenes religiosas.

### XIII.

No acabó, en efecto, con la Edad media la mision providencial de los institutos religiosos, relativa al mantenimiento de la concordia y union entre las diferentes clases sociales. La época moderna necesitaba más que otra alguna de ese intermediario

sublime, y los acontecimientos que ante nuestros ojos van desplegándose ponen de manifiesto esta verdad con desconsoladora evidencia.

No; los hombres no han llegado aún, ni llegarán á la decantada igualdad social, que es el sueño de tantos utopistas. Todo el furor de las revoluciones, todos los progresos de la llamada filosofía, todos los adelantos de la legislación no acertarán á borrar de la sociedad humana esta profunda y esencial desigualdad: la de ricos y pobres. Al contrario, los esfuerzos del moderno racionalismo, léjos de conseguir extirparla, harán de cada día más y más desastrosos sus efectos. La falta de freno religioso arrojará siempre el rico á nuevos atropellos y brutalidades contra el pobre, y provocará á éste á nuevos rencores y rebeldías contra el rico. ¿Quién no empieza á verlo ya en nuestros tiempos? Ya no hay hermanos más que para el odio. Ya no hay más fraternidad que la de Cain. *Homo homini lupus*, dijo un filósofo; esto es hoy verdad, hablando por regla general de ricos y pobres. La fuerza pública contiene con sus rigores la explosion del volcan socialista que ruge atrevido, no ya bajo nuestros piés, sino en medio de nuestras plazas, bajo las ventanas de nuestras casas, entre el oropel y pompa de nuestra civilización.

Pues bien. ¿Cuándo fué más necesario un contrapeso entre estos dos elementos desequilibrados? ¿Cuándo fué más urgente un mediador entre estos rivales, ciegos, el uno de orgullo brutal, y el otro de hambrientos apetitos? ¡Ah! el fraile, el fraile,

hé aquí el contrapeso y el mediador que la misericordia de Dios nos tenía dispuesto para esa hora suprema. El fraile con su poderosa influencia sobre el pobre y sobre el rico, el fraile con su austeridad y con su popular elocuencia hubiera mantenido siempre á respetable distancia unos de otros á esos dos poderes, que sin él no pueden vivir sin hacerse cruelísima guerra. El fraile hubiera seguido inculcando á los unos la moderacion en el uso de las riquezas, y á los otros la moderacion en el ansia de ellas; el fraile hubiera seguido arrancando del rico para obras de caridad tesoros que ahora no se prodigan más que en placeres y en negocios. El fraile hubiera seguido siendo el catedrático del pueblo, porque el pueblo tenía para sí y para sus hijos una universidad en cada convento.

#### XIV.

Ahora bien; decidme, hombres del siglo. ¿Por qué habeis destruido el convento y habeis enseñado al pobre pueblo á maldecir al fraile, que era tan su amigo? ¿Por qué la habeis privado á esa clase infeliz del fraile, que salia casi siempre de sus filas, y vivia y moria en ellas, y hablaba su lenguaje, y enjugaba su sudor, y enseñaba á sus hijos, y los asistia en sus enfermedades, y los consolaba en la agonía? ¿Por qué le habeis privado á nuestro pueblo del fraile, que caminaba á pié como él por el polvo de los caminos, que retozaba con él en el bullicio de los regocijos populares, que llora-



ba con él en las públicas calamidades, que desde la invasión de los árabes hasta la de Napoleon compartía con él los martirios y los laureles del combate por la independencia nacional? ¿Qué habeis hecho del fraile, que era el hombre más popular y era vuestro hermano? Cain, ¿dónde está tu hermano Abel? ¡Ah! ¡Maldito serás, dijo el Señor, sobre la tierra que ha bebido la sangre de tu hermano! ¡Fecha infausta! ¡Cuán horriblemente eres vengada! ¡Hombres del siglo, el polvo de las sagradas ruinas, el vapor de la sangre derramada, el lloro de las víctimas que habeis arrojado de sus asilos, esa es la ira de Dios que os acosa, ese es el dogal del socialismo que os estruja! Satisfechos podeis estar. Se ha realizado puntualmente el programa que os dictaron las sectas secretas. Ya no hay conventos. Es verdad, ya no hay convento, mas hay club; ya no hay fraile, mas hay tribuno demagogo; ya no hay santas congregaciones por esas calles, mas hay huelgas amenazadoras; ya no hay misiones de amor, mas hay, en cambio, infernal propaganda de odios. Contemplad y ved. Aquello es lo nuestro, lo de ayer: esto es lo vuestro, lo de hoy. Y aún ¿quién pudiese leer lo de mañana? ¡Sombrío porvenir!

Creo muy poco en las maldiciones de la historia con que pretendió aterrarnos á todas horas un moderno declamador, pero creo muy mucho en la justicia de Dios, que es cosa más seria. Y creo que los ayes de la sociedad moderna y su mal-estar profundo y sus angustiosas convulsiones son

merecida expiacion de grandes crímenes sociales, entre los que figura, tal vez en primer lugar, la destruccion de las Órdenes religiosas. La sociedad moderna al declararse á sí propia mayor de edad, y por consecuencia emancipada, ha echado léjos de sí la paternal tutela que sobre ella ejercieran desde remotos siglos el convento y el monasterio. El nuevo hijo pródigo ha derrochado alegremente esa herencia paterna *viviendo luxuriose*, es decir, en orgías y devaneos. Y á la hora de hoy, agotado el patrimonio, avivado más que nunca el hervor de su codicia y de sus insensatos deseos, harapiento, destrozado, empieza á ver claro ya á la luz de sus tristes desengaños, y germina ya en su corazon aquel pensamiento salvador: *Volveré á la casa de mi padre*. ¡Ah! sí. Los ojos de muchos ciegos se vuelven ya con amargura á esas ruínas que sus manos amontonaron, y el nombre de fraile empieza á ser de nuevo simpático á la generacion presente, á pesar de sus errores y preocupaciones. Rotos todos los lazos sociales, otra vez se vuelve á sentir la necesidad de ese poderoso intermediario social que nos reconcilie unos con otros, que nos estreche en su seno en mútuo fraternal abrazo.

## XV.

Propusímonos considerar el vacío que ha dejado entre nosotros la desaparicion de las Órdenes religiosas, bajo su triple aspecto religioso, social é individual. Hemos apuntado sobre los dos primeros

algunas someras reflexiones, que ni la centésima parte son de lo que pudiera sobre ellos decirse. Toquemos hoy el tercero, que no tiene menos importancia.

No es solo la religion y la sociedad quienes experimentan años há la dolorosa ausencia de los institutos religiosos. Es muy principalmente el individuo. Preciso es desconocer completamente el corazon humano para negar la necesidad de las casas de retiro religioso. No todos hemos nacido para la agitacion tempestuosa del mundo; no todos nos sentimos con aliento para lanzarnos al través de ese borrascoso mar. Hay almas criadas para los dulces atractivos de la soledad y para desplegar su actividad únicamente léjos del bullicio de las vanidades humanas. Hay otras que á fuerza de costosos desengaños han adquirido la dolorosa evidencia de que en ninguna parte sino allí verán cicatrizadas sus heridas y sosegados sus combates. Hay en suma mil y mil seres para quienes el convento es una necesidad. ¿Y qué derecho nuevo ni antiguo, qué progreso ó civilizacion pueden lícitamente censurar en esas almas su amor á la soledad? ¿acaso censura en las otras su afan por el movimiento y los devaneos del mundo?

Pues bien. ¿Cuántos infelices naufragan hoy, que sintieron en su mocedad el deseo vivísimo de apartarse del mundo y no pudieron por falta de un religioso asilo que les diese acogida? ¿Cuántas inteligencias privilegiadas hubieran dado con sus obras gloria á Dios y lustre á su patria si hubiesen podido

abrigarse bajo la sombra del claustro, tan favorable á los reposados estudios? Hoy pasa una cosa singular. Al apuntar la juventud, no son pocos los corazones que se sienten ya con ese tédio de la existencia que parece ser enfermedad característica de la generacion presente. Abundan los *René*, como el de Chateaubriand, á quienes un desengaño precoz hace odiosa la vida comun y obliga á mirar con hastio lo que á los demás trae sedientos y ansiosos. Sea que nuestro siglo y nuestras locas revoluciones han sido tan pródigos en prometer como escasos en cumplir; sea que nuestros mismos adelantos nos hayan anticipado en edad temprana la desilusion y el desencanto que parecen solo propios de la edad madura; sea que las pasiones son hoy más corrosivas, porque la literatura, los espectáculos, el libertinaje general les dan mayores estímulos, lo cierto es que nunca fué tan comun como hoy la negrura del corazon en la más hermosa primavera de la vida. El hombre gasta, derrocha hoy su capital de sentimientos y afectos con una rapidez espantosa; á los veinte años aún no se ha arrugado la frente, pero el corazon está ya vacío y desolado. Las almas de bajo temple encuentran aun una felicidad á su modo embruteciéndose en los albañales de la corrupcion, ó enloqueciéndose en las devoradoras emociones de la politica, ó metalizándose con el tres por ciento. Pero las almas elevadas, si no hallan á su lado la resignacion que da la fe y que no se puede tener sin ella, místicas y desesperanzadas alargan su mano á un revolver fatal que ponga fin á sus

amarguras. ¡Horrendo extravío! Hé aquí la historia secreta é íntima de los suicidios, tan frecuentes hoy día.

#### XIV.

Reflexionemos ahora. ¡A cuántos de esos desventurados hubiera salvado la hospitalidad del convento! ¿Por qué, decid, por qué no ha de haber hoy una orilla para estos náufragos de la borrasca del mundo? ¿Por qué no ha de poder un hombre matar allí y sepultar para siempre sus pasiones con el voto solemne que le separa perpétuamente del siglo y le hace superior á sus propias veleidades, en vez de matar su cuerpo y condenar su alma con la pistola ó el puñal? Hé aquí de qué modo la falta de las casas religiosas es para el individuo no menos que para la sociedad un vacío que nada puede llenar sino ellas. El día en que por favor de la divina Providencia vuelvan á abrirse en España estas casas que en mal hora fueron cerradas, el día en que de sus ruinas se levante otra vez en nuestras poblaciones y en nuestras campiñas el consolador monasterio, entonces se verá la necesidad que de estos asilos siente la generacion presente: entonces de mil lados distintos se verá correr desalada la juventud en busca de sosiego, recogimiento y solitaria actividad intelectual tras el vértigo espantoso en que le han traído calenturienta y agitada nuestras insensatas revoluciones. Los recintos claustrales serán estrechos para contener la multitud que

se agolpará á sus puertas; entonces se verá, con-  
fiadamente creemos ver este suspirado día, enton-  
ces se verá la necesidad que habia de esos tan ca-  
lumniados conventos que se nos ha querido pintar  
únicamente como focos de vergonzosa ociosidad ó  
de maquiavélicas intrigas. Así ha sucedido en todas  
las épocas de la historia. Así se vió en Francia des-  
pues del primer furor revolucionario. Hoy la gran  
Trapa francesa encierra en su silencioso cercado á  
centenares de monjes que en el siglo brillaron por  
su noble cuna, por su saber, por sus hazañas mili-  
tares ó tambien por la fama de sus escándalos. In-  
glaterra, que hace pocos años castigaba con cárcel  
y multas el delito gravísimo de oír misa, cuenta  
hoy ochenta y seis monasterios de hombres y dos-  
cientos sesenta y ocho de mujeres, cifras capaces  
de hacer estremecer de ira en sus viejas tumbas á  
los huesos de Isabel y Enrique VIII, que creyeron  
haber acabado para siempre allí con el papismo.  
Los Estados-Unidos en medio de su organizacion  
democrática, al menos allí practicada con cierta  
lealtad, ofrecen en este punto una progresion se-  
mejante. El fraile es tan libre allí como pudo serlo  
en España en los días de Felipe II y de la Inquisi-  
cion.

De lo cual deducimos la seguridad de que los  
frailes volverán á ser una clase social querida y res-  
petada en nuestra España, quizá en época no muy  
lejana. Pero este punto requiere para su desarrollo  
párrafo aparte.

## XVII.

¿Qué se opone al restablecimiento de los frailes en nuestra patria? Una sola cosa. La preocupacion que contra ellos se ha hecho nacer en una parte de nuestro pueblo. ¿Durará siempre esta preocupacion? A nuestro pobre entender va desvaneciéndose cada dia, y me atreveria á decir que poco falta para que pueda dársele por completamente extinguida. Vamos á indicar sobre esto algunas reflexiones que no dudo parecerán convincentes á mis amados lectores, y servirán de epílogo y remate á este opúsculo.

Lo que arrancó los conventos de nuestro suelo, más que el extravío de las pasiones políticas y que el furor de la impiedad, fué la codicia. Los institutos religiosos poseian en España vastas propiedades, debidas unas á la ocupacion de terrenos baldíos que por ellos fueron abiertos al cultivo en la época de su fundacion; debidas otras á donativos de los fieles, acumulados en tan largos siglos de existencia. Tenian bienes, este fué su crimen. La mirada del Estado, abrumado de deudas y de sanguijuelas, se fijó en aquellas fincas que representaban á sus ojos inmenso caudal; el agiotista vió en ellas la ocasion de fabulosos negocios; el simple aldeano pensó que la destruccion del convento le libraba del censo ó del diezmo que debia pagar á quien bajo estas condiciones le cediera en otros tiempos sus campos. Todos creyeron ganar

en el asunto de la destruccion de los frailes; todos vieron en él, más que un acto político, un buen negocio. Ahora bien. Hoy empieza ya á verse palpablemente que aquello no fué buen negocio, sino verdadera bancarrota. El Estado ha visto aumentarse sus deudas, el colono ó censalista, que por esta inicua jugarreta creyeron hacerse propietarios, se ven hoy reducidos á servir á nuevos dueños con mil veces peores condiciones. La destruccion del convento no ha mejorado á nadie más que á unos pocos que insultan hoy con su orgullo y fastuosidad la pública miseria. El desengaño ha sido espantoso. Y este desengaño lo ve y lo palpa más que nadie el pueblo, que antes sacaba del convento, si era mendigo, la sopa; si era viajero, el hospedaje; si estaba enfermo, la medicina; si necesitado de recursos, préstamos á bajisimo interés; si tenia hijos, instruccion y carrera para ellos; si sufría vejaciones de poderosos, proteccion, asilo, consuelo. Y el pueblo, que no es tan corto de vista como muchos se figuran, ve y observa y recuerda y compara lo de hoy con lo de ayer, y el trato de los propietarios actuales con el de los antiguos legítimos, y acaba por convencerse de que ha realizado la fábula de los huevos de oro. Y es indudable que si existiesen ahora frailes y conventos, y se le azuzase al pobre pueblo contra ellos como en el 36, se volveria éste quizá contra los azuzadores. Hoy apenas aborrecen al fraile más que los que aborrecen al sacerdote en general. Una notable reaccion se ha verificado en este punto, y los pocos conventos que



empezaban á restaurarse poco antes del 68 podrian decirnos cómo fuéron recibidos en sus respectivas comarcas. Si mañana un gobierno de rectas intenciones autorizase la restauracion de los frailes en nuestra patria, aunque no fuese más que aplicándoles sencillamente el principio (falso siempre) de la libertad absoluta de asociacion, de que injustamente están exceptuados, nada deberian temer del pueblo español los conventos.

### XVIII.

Tambien abona nuestra esperanza de que serán restaurados los conventos el ejemplo de otras naciones. No creemos haya de ser siempre España el país de las anomalias; tarde ó temprano iguales causas han de producir aqui iguales efectos. En Francia, donde fué más horrible el periodo revolucionario, el desengaño ha sido más rápido. En España tardamos más, por la sencilla razon de que en ella la revolucion ha querido siempre disfrazarse de católica. Basta decir que el primer acto revolucionario se pretendió aquí empezar *en nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo*, que tales son las primeras palabras del Código *inmortal* de las Córtes de Cádiz. Resultado de esta mistificacion ha sido el alucinamiento de muchos católicos que aun hoy no han acabado de conocer al enemigo. Mucho empero se ha adelantado en este camino del desengaño, y mucho más se adelantará. Y el resultado será como en Francia la

vuelta de los Institutos religiosos en mayor número que antes, con más rígida observancia que antes, con mayores simpatías del pueblo que antes. También aquí pasará nuestras calles y ocupará nuestros púlpitos y lucirá en nuestras academias el hoy despreciado hábito del capuchino, del dominico, del franciscano, del carmelita ó del mercenario, como lo ve hoy el viajero en todas las calles, púlpitos y academias de Francia. Años há que lo de España no es más que una paródia, y mala, de la vecina nacion. Aquí no nos ha dejado todavía la mania de ser traductores. De esperar es que también un día adoptemos ese galicismo de la restauracion conventual y monástica, como un día adoptamos inicuamente el de su destruccion.

Hágalo el cielo, y entre tanto ayuden á ello nuestros lectores con su oracion y propaganda. La nacion de los grandes fundadores no puede quedar mucho tiempo huérfana de esos mismo hijos que ha proporcionado con tanta abundancia á los demás puntos del globo. Cuando en los momentos de un eclipse está como ocurecido el sol y fria y pálida la tierra sin sus acostumbrados resplandores, loco seria quien asegurase que han de durar perpetuamente aquella oscuridad y luto de la naturaleza. Lo que hoy atraviesa la Iglesia española no es más que un pasajero eclipse. El eclipse pasará, y volverán á resplandecer en todo su brillo la verdad y la inocencia oprimidas, purificadas con la tribulacion, simpáticas otra vez á los ojos ya desengañados por costosas experiencias; rejuveneci-

das, como árbol á quien el agricultor ha sujetado desapiadadamente á la poda, no para matarlo, sino para que con nuevo vigor retoñe y florezca y fructifique. Nada hay eterno en el mundo; ¿y había de ser eterno el triunfo de la iniquidad? Nada violento dura, dice un axioma, ¿y había de durar esta estúpida violencia? Nadie lo cree, ni lo creen nuestros mismos enemigos. En Dios ponemos nuestra confianza, y al tiempo por testigo.

A. M. D. G.



# OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATOLICA

FOR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

---

**A una señora...** y á muchas.— 30 cénts. de real.

**Brevisima idea del Apostolado de la oracion.**— 24 céntimos de real.

**Cosas del día,** ó Respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.— 70 id.

**Devoto Octavario** al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.— 50 id.

**El clero y el pueblo.**— 80 id.

**El dogma más consolador.**— 50 id.

**El voto de consagracion** al sagrado Corazon de Jesús. — 24 id.

**La chimenea y el campanario.** — 70 id.

**Las diversiones y la moral.**— 4 real y medio.

**La voz** de la Cuaresma.— 40 cénts.— Distribuido en siete hojas sueltas, 4 rs. el ciento de cada hoja.

**Los desheredados.**— 30 cénts.

**Los malos periódicos.**— 30 id.

**Manual del Apostolado de la prensa.**— 80 id.

**Octavario á Cristo resucitado.**— 50 id.

**¡ Pobres espiritistas !** — 60 id.

**¿ Qué hay sobre el espiritismo ?** — 70 id.

**Ricos y pobres.** — 50 id.

## LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

**La Biblia y el pueblo : El pueblo y el sacerdote.** —  
24 cénts.

**Ayunos y abstinencias :** La Bula. — 24 id.

**El matrimonio civil.** — 34 id.

**El Concilio :** La Iglesia : La infalibilidad. — 36 id.

**El purgatorio y los sufragios.** — 30 id.

**El culto de san José.** — 20 id.

**El culto de María.** — 30 id.

**El protestantismo, de dónde viene y á dónde va.** —  
80 id.

**El culto é invocacion de los Santos.** — 32 id.

**Efectos canónicos del matrimonio civil.** — 40 id.

**Misterio de la Inmaculada Concepcion.** — 24 id.

**El púlpito y el confesonario.** — 50 id.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas  
se dan dos gratis.

Los pedidos deben hacerse á D. Miguel Casals, calle  
del Pino, 5, bajos, Barcelona.

# BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO DE TODO EL MUNDO,

*por el mismo autor.*

Se han publicado hasta ahora los libritos siguientes:

- I. ¿Hablemos de religion?
- II. ¿Quién se ocupa hoy de eso?
- III. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?
- IV. La razon de la sinrazon.
- V. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?
- VI. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.
- VII. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?
- VIII. Los amigos del pueblo.
- IX. ¿Y si hay?
- X. ¡A confesar!
- XI. ¿Soy católico?
- XII. Amigo leal.

PRECIOS: Un ejemplar, 2 cuartos; doce de un mismo número, 2 rs.; ciento de id., 46; quinientos, 75; mil, 140. No hay otro descuento.

---

## HOJITAS DEL MISMO AUTOR.

Recuerdos de Mayo.

Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado. (*Traducida*).

El Niño del portal.

Fruta del tiempo.

Deprecacion devota para alcanzar la santa paciencia en nuestras aflicciones. (*Traducida*).

Cosecha de Mayo.

PRECIO: 6 rs. el ciento.

---

### TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

**El Niño Jesús**, por Mons. Segur.— 60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.

**El miedo al Papa**, por Mons. Gaume.— 70 id.

**Imitacion de María**, por un monje premonstratense.— 60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

**La Confesion y la Comunión**, por Mons. Segur.— 80 id. en rústica. Edicion de lujo, 5 rs.

**La Pasion**, por id.— 50 id.

**La secta católico-liberal**, por id.— 1 real y medio.

Las anteriores obritas y hojas se hallan en venta en la Administracion de la *Revista popular*, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

Por cada diez ejemplares que de los libritos se tomen se dan dos gratis.